

## LIBRO SÉPTIMO

### LA TOMA DE SEBASTOPOL

- SUMARIO: I. (*Extracto del texto de La Gorce*).—Fin del invierno en Crimea: aumento de fuerzas: de cómo los ingleses ceden á sus aliados parte de los ataques contra el arrabal de Karabelnaia: el cuerpo de ejército del general Bosquet y los ataques contra Malakof y la Estrella Pequeña: enérgica defensa de los rusos; de cómo construyen las Fortificaciones Blancas y arman la Colina Verde.—Bombardeo del 9 de abril y su ineficacia: muerte del general Bizot.
- II.—Período de incertidumbre: el cerco, las operaciones exteriores; el asalto.—Perplejidad del general Canrobert.—Plan del emperador.—Consejo de guerra: disenso entre los aliados: dimisión del general Canrobert.
- III.—Pelissier; su carácter; su plan: objeciones en el campamento y sobre todo en París: de cómo él elude unas y otras: operaciones preliminares; de cómo todo el pensamiento del general en jefe tiende al sitio y especialmente al sitio de Karabelnaia.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Esfuerzos y trabajos de rusos y aliados por la parte de Karabelnaia.—Preparativos del ataque contra las fortificaciones avanzadas (Fortificaciones Blancas, Colina Verde y fortificaciones de las Canteras).—Bombardeo.—Combate del 7 de junio: toma de las Fortificaciones Blancas: de cómo la Colina Verde es conquistada, perdida y definitivamente ocupada.—Gran resultado de la victoria: pérdidas.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—Exceso de confianza: razones para adelantar ó retrasar el asalto de Malakof.—El general Regnault de Saint-Jean d'Angely, designado para dirigir el próximo ataque.—Bombardeo del 17 de junio: noche del 17 de junio: errores y contratiempos.—El asalto: la columna Mayrán; la columna Brunet; la columna de Autemare: episodio del 5.º de cazadores de infantería: fracaso general: retirada: pérdidas.
- VI (*Extracto del texto de La Gorce*).—Impresión causada en Francia por el fracaso del 18 de junio: el sentimiento público: irritación del emperador.—Estado moral del ejército en Crimea: tristezas y duda sobre el resultado final: estragos del cólera: muerte de lord Raglán.—De cómo, después de algunos días de abatimiento, el valor renace en los ánimos.
- VII.—Sufrimientos de los rusos: reducción de los efectivos; desaparición de los principales jefes: dificultades de las comunicaciones: enfermos y heridos: estragos del bombardeo en el interior de la ciudad: la batería Pablo y la batería Nicolás.—Los rusos se ingenian en ocultar sus sufrimientos: el puente sobre la bahía grande.
- VIII.—Disposiciones en San Petersburgo: se desea un último esfuerzo: consejo de guerra: los rusos atacan las posiciones francesas.—Batalla de Traktir (16 agosto): esterilidad de este encuentro: quiénes son los verdaderos beneficiados de este combate.
- IX (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los rusos después de la batalla de Traktir; sus últimos esfuerzos; sus apuros y sus pérdidas.—Los aliados: de cómo han recobrado ánimo: últimas obras de ingeniería.—Determinase el asalto para el 8 de septiembre.—Bombardeo (5-8 septiembre): sus terribles efectos.
- X (*Extracto del texto de La Gorce*).—El 8 de septiembre: distribución de las tropas: fuerzas de los rusos.—Antes del asalto.—Ataque contra Malakof, la Estrella Pequeña y la Cortina.—Derrota de los ingleses en la Estrella Grande.—Derrota en el baluarte central.—Sangrientas luchas en torno de la Estrella Pequeña.—De cómo la posesión ó la pérdida de Malakof debe decidir de la jornada: de cómo Mac Mahón rechaza nuevos ataques de los rusos: conquista definitiva de la fortificación.—Gortchakof resuelve evacuar la ciudad: retirada hacia el Norte: últimas destrucciones.

#### I

Delante de Sebastopol los rigores de la estación habían paralizado las operaciones militares. A mediados de febrero se derritieron las nieves y el suelo fangoso secóse al soplo del viento. Algunos rayos de sol calentaron los campamentos y recomfortaron los ánimos. Acarreos, prestación de servicios, construcción de nuevas baterías, todo fué más fácil. Cada cual sacudió su torpeza y renació la esperanza de adelantarse á la obra de la diplomacia con una brillante victoria. Para asegurar mejor el éxito, se aplicaron sobre todo á continuar la apertura de trincheras casi interrumpida por el invierno. Estas trincheras, prolongadas en zizás hasta el pie de los muros, habían de envolver pronto la ciudad en una inmensa red.

Se puede decir que empezaba una nueva campaña con efectivos muy aumentados. El ejército francés de Crimea no era ya aquel cuerpo expedicionario de los primeros días, admirable por su valor, pero pequeño en número. Envíos sucesivos le habían hecho crecer hasta

formar ocho divisiones, sin contar la caballería y tres brigadas de reserva, lo que constituía una fuerza total de ochenta mil hombres. Una orden del día 9 de febrero había repartido estas ocho divisiones en dos cuerpos. El primero, á las órdenes del general Pelissier, recién llegado de Orán para reemplazar al general Forey, estaba encargado de dirigir el sitio contra la ciudad. El segundo, mandado por el general Bosquet, estaba destinado únicamente, según el plan primitivo, á vigilar los movimientos exteriores de los rusos. Pero los ingleses se habían declarado incapaces de continuar solos las operaciones contra todo el arrabal de Karabelnaia y no habían guardado más que sus atrincheramientos contra la Estrella Grande; en vista de lo cual, el cuerpo de ejército del general Bosquet los reemplazó en sus posiciones desde el *barranco de los Docks hasta el extremo del Carenaje*. De esta manera se convirtió en cuerpo de sitio sin dejar de ser cuerpo de observación: doble tarea que le reservaba tanta gloria como peligros.

No tanto por el aumento de las fuerzas empeñadas como por el cambio del principal punto de ataque, la

campana de 1855 se distingue de la anterior. Hasta entonces la acción había sido dirigida principalmente contra el baluarte central y el baluarte del Asta. Pero no parecía que estos esfuerzos hubiesen de conducir á una victoria cierta ni menos próxima. Nos encontrábamos aún á seiscientos metros del baluarte central, de modo que toda columna de asalto hubiera sido infaliblemente aplastada. Al baluarte del Asta nuestras trincheras lo ceñían á la corta distancia de ciento treinta metros; pero los rusos habían ensanchado y ahondado los fosos, establecido un vasto sistema de minas delante de la contraescarpa y reforzado considerablemente sus defensas interiores. En tales circunstancias fué ganando partidarios la combinación de buscar la victoria por la parte de Karabelnaia, fortificando las posiciones que el cuerpo de ejército del general Bosquet iba á tomar delante del arrabal y convirtiendo en principal objetivo lo que al principio sólo había sido una diversión. De todas las fortificaciones de esta parte del recinto, la más importante era Malakof, especie de ciudadela elevada que dominaba todo el arrabal, cogía por detrás á la Estrella Grande, distaba tan sólo mil doscientos metros del puerto del Sur y dominaba también, aunque de más lejos, la ciudad y la rada. Tomar esta posición era hacerse dueño de la plaza. En un consejo celebrado el 2 de febrero, el proyecto de ataque á Malakof, ya aceptado en principio, fué definitivamente resuelto. Mas no por esto se renunció á los trabajos contra la ciudad, y, á pesar de la extensión de la línea inmensa que se prolongaría desde la bahía de Quersoneso hasta la del Carenaje, se esperaba que los refuerzos llegados ó anunciados serían suficientes. Pero el *sitio de la ciudad* había de ser relegado poco á poco al segundo término, con gran disgusto de los valientes soldados que en aquel teatro de las primeras luchas habían soportado y estaban aún dispuestos á soportar tantas fatigas y combates.

Sobre el terreno en que las tropas de Bosquet acababan de establecer su campo, los ingleses habían dejado pocas huellas. A principios del invierno habían construido algunas obras de defensa no muy considerables en el punto mismo donde se había librado el combate de Inkermann. Más tarde habían alzado entre el barranco del Carenaje y el de los Docks el *reducto Victoria* y la *batería Lancaster*, situados el primero á 2.600 metros y la segunda á 2.000 metros de Malakof; pero el reducto no estaba concluido y la batería se hallaba desarmada. Más allá del barranco del Carenaje se había practicado una ancha y larga trinchera llamada *Plaza de armas anglo-francesa*, especie de atrincheramiento que en algunos puntos, estaba más bien esbozado que concluido. Todo quedaba, pues, por hacer y se trataba, no de continuar las operaciones inglesas, sino de empezar delante de Malakof y la Estrella Pequeña un sitio nuevo que se efectuaría al mismo tiempo que el sitio de la ciudad.

La naturaleza del terreno dictaba á los ingenieros su plan. A unos 600 metros antes de Malakof se alzaba una colina aislada, protegida solamente por algunos puestos avanzados rusos y llamada *Colina Verde*. Mediante el fuego cruzado de dos baterías, instaladas una en el monte Voronzof y la otra en la meseta del Carenaje, los sitiadores esperaron barrer la colina; pero re-

volvieron atacarla rápidamente de noche, hacerse fuertes en ella y convertirla en punto de partida para atacar á la plaza. El 13 de febrero empezó la construcción de las baterías, no sin lentitud ni dificultad, á causa de la naturaleza del terreno.

Entonces se revelaron mejor que en ningún otro momento de tan larga guerra la previsora audacia de Todleben y la infatigable actividad de sus soldados. Con seguridad de éxito, Todleben hubiera podido adelantarse al sitiador en la *Colina Verde*, pero difícilmente hubiese podido sostenerse en ella bajo el fuego convergente de las baterías anglo-francesas. Para los rusos lo más urgente era, no ocupar ellos mismos la colina, sino apoderarse de todas las posiciones desde las cuales los franceses hubieran podido atacarla de flanco ó por retaguardia, y abordarla luego. De estas posiciones las más importante eran las alturas que dominaban en su embocadura septentrional el barranco del Carenaje. El 21 de febrero, á la caída de la tarde, Todleben operó un reconocimiento hasta el extremo de la meseta y, protegido por una emboscada de cazadores, marcó el trazado de un gran reducto que pudiera contener un batallón de infantería. Al mismo tiempo, varias barcas transportaron de la costa Norte de la bahía grande á una de las sinuosidades de la orilla opuesta los gaviones y las herramientas. Poco después, las tropas destinadas á proteger ó ejecutar el trabajo llegaron silenciosamente, unas por el camino de los Zapadores y otras por la bahía del Carenaje. Tan pronto como la obscuridad fué completa, la azada empezó su obra, y, al despuntar el día, los terraplenes, todavía incompletos, pero ofreciendo ya algún relieve, aparecieron á los ojos de nuestros oficiales sorprendidos y exasperados. Los sitiadores trataron de destruir aquellos audaces contraaproxos, y, en la noche del 23 al 24 de febrero, dos batallones del 2.º de zuavos desbordaron en medio de las trincheras enemigas. Sus esfuerzos no tuvieron más resultado que una grande efusión de sangre, y hubieron de resignarse á la retirada, después de haber desplegado la intrepidez más ejemplar. Los sitiados, á su vez agresores, nos reservaban otra sorpresa. En la noche del 28 de febrero al 1.º de marzo levantaron un nuevo reducto en las alturas del Carenaje. A cada uno de estos dos reductos los rusos dieron el nombre de los regimientos que los habían construido. El primero se llamó reducto *Selenghinsk*; el segundo, reducto de *Volhynie*. Los nuestros contemplaban, ora con irritada tristeza, ora con involuntaria admiración, aquellos prodigios de una defensa tan audaz como el ataque más resuelto: no se cansaban de enseñarse aquellos parapetos de tierra blanquecina que se destacaban mal á través de las brumas de un cielo todavía invernal, y no tardaron en designarlas con el nombre de *Fortificaciones Blancas*, nombre que les quedó.

La *Colina Verde*, que poco antes sobresalía fuera de la línea de defensa, se hallaba ya protegida, á la derecha por la Estrella Grande, y á la izquierda por los nuevos reductos del Carenaje. Para que el reto fuese completo, había que fortificar la Colina misma, y los rusos no dejaron de llevarlo á efecto. Los morrillos de una antigua cantera y la naturaleza del suelo, arcilloso en aquel punto, favorecieron sus planes. El 11 de marzo, después de una larga noche oscura, aparecieron los

revestimientos de un reducto que los rusos llamaron *reducto Kampchatka*. El general Bizot, jefe francés de ingenieros, hubiera querido que, sin perder un instante, se atacase la obra de defensa antes de su terminación. No fueron de este parecer ni el general en jefe ni Bosquet, que consideraron la empresa demasiado arriesgada. Limitáronse los aliados á empezar, el 12 de marzo, los primeros trabajos de aproche contra la *Colina Verde*, trabajos con frecuencia turbados por los rusos, que entonces multiplicaban sus salidas sufriendo ó causando crueles pérdidas. Así empezó el nuevo sitio, el *sitio de la derecha*. Decididamente el arrabal de Karabelnaia no estaba menos guardado que la ciudad propiamente dicha; aparecía rodeada de una doble defensa: en primer lugar la *Colina Verde* y las *Fortificaciones Blancas*, recientes creaciones de Todleben, y en segundo lugar, detrás de estas líneas avanzadas, la Estrella Pequeña y la torre de Malakof, Malakof tanto más armado cuanto que de su conservación ó de su pérdida dependía la salvación ó la caída de la ciudad (1).

En medio de aquellas complicaciones se volvió á la idea de reemplazar por un golpe de fuerza las lentas operaciones de un sitio y precipitar á toda costa el desenlace. La artillería era numerosa y se hallaba bien provisionada; el ejército recibía diariamente refuerzos; ingleses, franceses y turcos sumaban un contingente total de 130.000 hombres. El 2 de abril celebróse un consejo en que se acordó que el 9 romperían el fuego todas las baterías. Esperábase que los rusos se decidirían entonces á una acción general proporcionando á sus adversarios la ocasión de una brillante victoria. El resultado podía ser aún más decisivo si, bajo el fuego de nuestra artillería, las defensas de la plaza se hundían de modo que no volviesen á ser reparables; entonces sería la hora del asalto, y así acabaría, según los cálculos de los aliados, aquel sitio que hacía ya seis meses que duraba.

Los días siguientes empleáronse en los últimos preparativos. Algunas baterías fueron reorganizadas y armadas. Completáronse los aprovisionamientos. Aquel bombardeo no era más que la repetición del de 17 de octubre, pero con mucho mayores recursos. Los franceses disponían de 388 piezas de artillería, y los ingleses de 130 á 140. Ciertamente es que la artillería de los rusos era más considerable, pues su armamento se elevaba á 998 piezas (2).

Durante la noche del 8 al 9 de abril descubriéronse las cañoneras. Una lluvia torrencial, que caía desde hacía unas cuantas horas y reblandecía el terreno, entorpeció sin interrumpirla la obra de nuestros soldados. A las cinco de la madrugada, al disiparse las primeras brumas, estalló el fuego en toda la línea de los ataques desde el barranco de la Cuarentena hasta la meseta del Carenaje.

Ningún indicio, ninguna confidencia de espías ó desertores había despertado las sospechas de los rusos. El día antes habían celebrado la fiesta de Pascua y, en medio de los horrores de la guerra, se habían dado,

(1) Véase Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, primera parte, págs. 20-47.

(2) *Journal des opérations de l'artillerie*, pág. 225.—Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, primera parte, pág. 101, y Apéndice, pág. 330.

según la costumbre moscovita, el ósculo de paz. Ante tan inesperada alarma se produjo algún trastorno. Luego los jefes predicaron con el ejemplo y cada cual corrió á su puesto. Pronto las detonaciones de la plaza contestaron á las de los sitiadores, y entre el humo de la pólvora y la neblina velaron Sebastopol á los ojos de los nuestros como los vivaques de los aliados á los ojos del enemigo.

El estado del mar no permitía el concurso de las escuadras, de modo que la lucha se concentró en tierra. El fuego persistió durante todo el día, siempre con igual intensidad de nuestra parte, más moderado de parte de los rusos, obligados á economizar sus municiones. Al atardecer, el bastión del Asta había sufrido graves desperfectos. En las *Fortificaciones Blancas* y en la *Colina Verde* los desastres eran todavía más crueles; estos nuevos reductos, de que tan orgullosos se habían mostrado nuestros enemigos, parecían destinados á una ruina total. Llegada la noche, los sitiados, á pesar de los proyectiles, á pesar del terreno reblandecido por la lluvia, se ingeniaron en restablecer las plataformas, reemplazar las piezas desmontadas y reconstruir las cañoneras demolidas; y contra lo que se esperaba, repararon sus principales averías. Al día siguiente reanudóse el cañoneo, tan encarnizado y más mortífero que el día anterior, pues el horizonte se había despejado y la claridad del cielo permitía apuntar bien las piezas. Todo eran motivos de angustias para los rusos. En la tarde del 10 de abril el reducto Selenghinsk tenía todas las cañoneras destruídas, y el reducto Volhynie sólo tenía tres en estado de servicio. Las municiones de guerra disminuían, y se habían expedido correos para que activasen el envío de convoyes de pólvora y provisiones. El baluarte del Asta era el que inspiraba más vivas inquietudes á causa de sus considerables desperfectos. Pero el destino favorecía entonces á los rusos, como había de abrumarlos más tarde. El primero, el segundo y el tercer días transcurrieron sin que se diese el asalto, ya porque se temiera la explosión de minas ó la resistencia de las fortificaciones interiores, ya porque faltase, y esto era lo más probable, unidad de dirección. En los días siguientes se reprodujeron las mismas escenas sangrientas y monótonas, pues sitiadores y sitiados rivalizaron en ardor, los primeros extendiendo la destrucción y los segundos reparando sus brechas. El 19 de abril cesó el bombardeo general.

Y cesó sin haber adelantado el desenlace. Lo único que no ofrecía dudas era la cifra de las bajas. Durante aquellos diez días los rusos habían tenido 6.131 hombres fuera de combate, los franceses 1.587 y los ingleses 263 (3). Entre los nuestros había caído una ilustre víctima, el general Bizot, herido mortalmente el 11 de abril delante de Karabelnaia. Todo el mundo conocía á este valiente soldado, tan modesto como intrépido, sencillo en el cumplimiento de su difícil deber, menos ávido de fama personal que de gloria para su país; todo el mundo sabía también que la ruda dirección del sitio le había valido en París, en vez de elogios, muchas críticas fáciles de formular de lejos. En la distribución de recompensas se le olvidó durante mucho tiempo, tanto

(3) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, primera parte, pág. 170, y partes diarios, págs. 125 á 170.

que el nombramiento de general de división no pudo ser depositado sino sobre su féretro. El dolor estalló con un ligero matiz de protesta muda, como para reparar lo incompleto de tan tardía y parsimoniosa justicia.

## II

Nada amarga tanto el espíritu como la fortuna mediocre ó dudosa. Sebastopol, con sus contraaproxes que una noche de trabajo levantara, con sus murallas siempre batidas y siempre reparadas, Sebastopol parecía un insolente reto. No avanzar equivalía á retroceder; era, en todo caso, no corresponder á la ansiosa expectación de Francia y de Europa. Así lo comprendían todos los aliados: de aquí una disposición de ánimo irritada y amarga; de aquí muchas críticas más propias para enervar la disciplina que para restablecer la confianza. Después de tan largos tanteos, todo el mundo convenía en la urgencia de un plan fijo y seguido sin desviación alguna. ¿Cuál sería este plan? Sobre esto el embarazo era grande y las discusiones tan vivas que degeneraban en disputas. El general Niel, que debía al favor del soberano y á sus propios conocimientos una particular autoridad, y que iba á suceder á Bizot, preconizaba el cerco. «Sebastopol, no se cansaba de repetir, debe su fuerza no á sus muros, sino á la abundancia de sus recursos, á su armamento, al número de su guarnición: una vez cercada, no podrá renovar sus víveres, ni sus municiones, ni sus regimientos: sólo entonces entraremos en las condiciones normales de los sitios.» El fracaso del 9 de abril acreditaba estas consideraciones. «No puede operarse el sitio siendo siete ú ocho los que lo dirijan,» añadía Niel dando á entender que lo hubiera dirigido gustoso él solo. La contestación no se hacía esperar. «¿Qué de efectivos no se necesitarían para cercar una plaza como Sebastopol! ¿Cómo atender simultáneamente al bloqueo, al sitio y á la guardia de Kamiesch? ¿Cómo asegurar la unidad del mando para tan vastas operaciones?» Así hablaban los ingleses, que reclamaban la continuación de las obras de sitio delante de la plaza y el asalto en plazo breve. A las combinaciones concebidas en Crimea se añadían los planes formados en París. Napoleón III recomendaba, para llegar al bloqueo, una campaña á larga distancia en el interior de Crimea. Hubo un momento en que sus combinaciones le parecieron tan ingeniosas que se juzgó el único capaz de ejecutarlas bien, y anunció, como hemos dicho, su marcha á Oriente. No realizó su expedición, y esto fué, en medio de tantas contrariedades, el primer favor de la fortuna. A falta del soberano, fueron á Crimea sus ayudantes. Cada uno era portador de notas, tenía sus protegidos y sobre todo su pequeño plan en que los cortesanos creían ver el reflejo de la idea del emperador. El 25 de abril, un cable tendido en el mar Rojo estableció comunicaciones telegráficas directas entre Crimea y el Occidente. Los partes se multiplicaron, oscuros, cruzándose, fecundos en quid pro quos, y este progreso, muy celebrado, aumentó hasta el colmo las dificultades.

Las cualidades del general en jefe eran más propias para mantener la confusión que para restablecer la unidad. Su exquisita cortesía no ponía coto á ninguna crítica y raramente imponía el silencio. Su conciencia ávida

de luz buscaba los consejos en vez de rechazarlos. Su modestia, que era muy real á pesar de cierta énfasis aparente, le hacía sentir duramente el peso de su responsabilidad. Entre consejos presentados en forma especiosa, su alma, más heroica que resuelta, permanecía fluctuante. «Aunque su espíritu no fuese ordinario, escribió acerca de él su jefe de Estado mayor, no dominaba bastante el horizonte; por esto su vista, no pudiendo abarcarlo todo de un golpe, se turbaba (1).» El lenguaje impetuoso y hasta imperioso de Niel unas veces le subyugaba y otras le irritaba. Con las intenciones más conciliadoras, á veces ofendía y disgustaba á sus aliados. Las operaciones exteriores le parecían llenas de peligros y desconcertaban su espíritu más habituado á las cortas campañas de Africa que á las largas combinaciones de la guerra grande. Por otra parte, la terrible perspectiva de un asalto á larga distancia, de varios asaltos quizá, le asustaba; pues, pródigo de su propia vida, procuraba economizar la de sus soldados que le querían tanto como él á ellos. Otro temor acababa de turbar el alma excelente de Canrobert; aunque éste no era cortesano, hubiera sentido excederse ó despreciar las intenciones del emperador: por esto procuraba adivinarlas é interpretar los mensajes; pero esto, en vez de darle luz, aumentaba su incertidumbre, ya porque el telégrafo careciese de claridad, ya porque desde el fondo de su gabinete el imperial estratégico no pronunciase más que oráculos equívocos.

En tal estado de fluctuación perpetua, los proyectos más diversos eran sucesivamente debatidos, aceptados en principio y abandonados. Hablóse de operaciones exteriores que fueron luego diferidas: discutiéronse las probabilidades de éxito de un asalto que se fijó para el 28 de abril y fué aplazado después hasta la llegada de anunciados refuerzos, aplazamiento que disgustó mucho á los jefes británicos. Había que dar una satisfacción á nuestros aliados descontentos, y teniendo en cuenta que á los ingleses les gusta siempre quemar los puertos y las naves de los demás, acordóse una operación marítima contra Kertch. Situada en el estrecho de Ienikale, Kertch era para las tropas rusas de Crimea uno de sus puntos de aprovisionamiento: apoderarse de ella era dar un paso hacia el bloqueo; por esto semejante golpe de mano parecía responder á las ideas del general Niel y entrar en el plan imperial. El 3 de mayo, las escuadras combinadas se hicieron á la mar. Apenas se las hubo perdido de vista, cuando llegó al cuartel general un telegrama de las Tullerías. El emperador ordenaba al general en jefe que llamase cuanto antes al cuerpo de reserva que se hallaba en Constantinopla y tomase la ofensiva sin pérdida de un solo día. Canrobert, considerando que podía necesitar todos los recursos de la escuadra, dispuso el regreso inmediato de sus barcos, y por mucho que tal cambio de plan contrariase á lord Raglán, éste tuvo que imitar al general francés. En esto desembarcó en Kamiesch el comandante Favé, órgano de las más recientes concepciones de su soberano. El plan de Napoleón III implicaba la formación de tres ejércitos: el primero, á las órdenes de Pelissier, guardaría las obras de sitio; el tercero, bajo la dirección de Canrobert, marcharía sobre Simferopol y

(1) Notas inéditas del general de Martimprey.

maniobraría á retaguardia del enemigo; en cuanto al segundo, compuesto de los ingleses y los sardos y mandado por lord Raglán, ocuparía el valle de Baïdar, pronto á socorrer á Pelissier ó á apoyar á Canrobert, según que los rusos desbordasen en masa de Sebastopol ó aceptasen la batalla en el interior de Crimea (1).

Se comprende el trastorno que este cambio de planes producía entre los jefes aliados. En los días 14, 15 y 16 de mayo se celebraron largos conciliábulos. Los ingleses, aunque opuestos á las grandes operaciones, parecían al pronto menos hostiles de lo que era de esperar á las nuevas combinaciones. En la noche del 14, el comandante en jefe prescribió al general Martimprey que preparase las órdenes para una acción inmediata. Al tratarse de los detalles de ejecución estallaron las divergencias y se agravaron al extremo de impedir que se llegase á una inteligencia. En tan penosas circunstancias, Canrobert, que no había provocado la crisis y sentía por ella gran pesadumbre, se encargó de facilitar la solución. Colocado entre la voluntad obstinada de Niel, los planes del emperador y las objeciones casi irritadas de los ingleses, abrumado por el peso de una responsabilidad que le asustaba al extremo de paralizarlo, resignó su mando.

Hízolo sin recriminaciones contra nadie, con la sencilla dignidad de un alma recta, como hombre cuyas fuerzas pueden flaquear, pero cuyo corazón no conoce los desfallecimientos. Alegó motivos de salud y el cansancio de su espíritu por una tensión constante: «Mi deber con mi soberano y con mi país, decía en un telegrama al emperador, me obliga á pedir la entrega al general Pelissier, jefe hábil y de gran experiencia, de la credencial de mando que tengo para mí. El ejército que le dejaré es intacto, aguerrido, entusiasta y lleno de confianza. Suplico al emperador que me reserve en él un puesto al frente de una simple división.» A tan noble lenguaje, el emperador contestó como debía y no escatimó las muestras de su benevolencia á aquel desinteresado servidor de su trono y del país. Libre de cuidados, Canrobert recobró su habitual serenidad. «No carezco de cualidades, decía modestamente al general Martimprey; pero no reuno las que requiere tan pesada carga (2).» El 19 de mayo, Pelissier, investido del mando en jefe, tomó posesión del cuartel general. Aquel mismo día, el antiguo jefe del ejército de Oriente, descendido al rango de simple combatiente, unióse en el vivaque á su antigua división.

### III

Sucede á menudo que, en el momento de las resoluciones difíciles, la extensión de los conocimientos aumenta la indecisión en vez de dispararla. La inteligencia se gasta en medir las ventajas y los peligros, y queriendo reunir todas las probabilidades de éxito, las deja escapar todas. Pelissier no era así. Su espíritu, más sensato que elevado, más firme que extenso, más sencillo que complicado, le ponía al abrigo de las investigaciones ansiosas, frecuentes en las almas más nobles, pero á menudo funestas á los hombres de acción. Era abso-

(1) Niel, *Journal des opérations du génie*, págs. 228 y siguientes.

(2) Notas inéditas del general Martimprey.

luto y resuelto á la vez. En las circunstancias embarazosas en que tomaba el mando, tuvo desde luego el mérito de tener un plan y el otro mérito más raro de seguirlo.

Quince días antes, siendo simple jefe de un cuerpo de ejército, había expuesto ya en un informe á Canrobert sus apreciaciones sobre la marcha de la guerra. «Estoy persuadido, escribía en 5 de mayo, que en la posición inexpugnable que ocupamos, una serie de operaciones de sitio que por la derecha tendiesen á la toma del baluarte Malakof, y por la izquierda á la posesión del reducto interior del baluarte del Asta, nos haríamos dueños de Sebastopol, fuese cual fuese la resistencia ulterior de la guarnición... A menos de órdenes superiores, mi plan sería, mi general, continuar «el sitio á toda costa, sin preocuparme mucho del exterior.» Todo el cuadro de las operaciones futuras se halla comprendido en estas pocas líneas. El nuevo general en jefe descartaba ó aplazaba las grandes maniobras en el exterior, ya porque le parecían demasiado peligrosas, ya porque semejante empresa le desconcertase á causa de su magnitud. Su objetivo cuidadosamente limitado era la toma de la ciudad por medio de una serie de asaltos sucesivos que desalojasen desde luego al enemigo de sus fortificaciones avanzadas y nos permitiesen luego tomar posición en el recinto. Ningún otro proyecto había de distraer de éste: tiempo habría, una vez tomada Sebastopol, de elaborar con calma sabias concepciones. Pelissier no ignoraba que aquellos golpes de fuerza reiterados costarían mucha sangre, pero semejante perspectiva no le arredraba. El ataque se operaría á la vez contra la ciudad y contra el arrabal: sin embargo, esta última parte de la empresa había de ser la principal y hacer olvidar la otra en las preocupaciones del mando. Tal era el plan de Pelissier. Se resumía en dos palabras: «el sitio, el sitio y nada más que el sitio.» No implicaba combinaciones profundas ni grande estrategia. Exigía sobre todo voluntad, pero mucha.

Habría observado el lector que estos planes para nada tenían en cuenta los de Niel ni los del emperador. ¿Qué era de la teoría del bloqueo? ¿Qué era del grandioso proyecto esbozado en las Tullerías y recientemente llevado á Crimea? Al revestir á Pelissier de la suprema autoridad, Napoleón III ¿no habría creado más que un instrumento rebelde á sus designios? El nuevo comandante en jefe ¿se habría acorralado desde el primer momento en una de esas órdenes que no dejan más alternativa que la retirada ó la sumisión? ¿Cómo podría, aún á tal distancia, cómo podría, sin abierta desobediencia, hacer caso omiso del plan de su soberano, que después de todo tenía derecho á mandar, que disponía del telégrafo para imponer su voluntad, que tenía en Crimea un *alter ego* en el general Niel, *alter ego* más celoso que el soberano mismo, porque era el primer inspirador de las ideas que éste se apropiaba?

Todos los méritos de Pelissier (y eran grandes) no hubieran podido salvarle de una situación tan falsa. Pero en ciertos casos los defectos nos favorecen tanto como las cualidades, y debe ser por esto por lo que los ha creado Dios. Pelissier tenía defectos, los tenía en abundancia, y eran de los más oportunos que se pudiesen encontrar. Niel era absoluto, y Pelissier no lo era menos; Niel se apoyaba fácilmente en la confianza del

emperador, pero con más facilidad se preveleía Pelissier de las prerrogativas de su rango. Su edad, la antigüedad de su empleo, los altos mandos que había ejercido y sobre todo sus brusquedades legendarias alejaban las familiaridades é intimidaban á las críticas. Era muy inteligente y poseía un espíritu mordaz de que se servía sin escrúpulos; y como únicamente era generoso á ratos, revestía sus sarcasmos de matices crueles que abrumaban. A pesar de haberlo recomendado para el mando superior, el bueno y leal Canrobert no penetraba sin un temor vago en la tienda del nuevo general en jefe. Ayudantes, ordenanzas, mensajeros venidos de París, consejeros oficiosos, nadie escapaba á aquel provechoso temor, y la mayoría, en presencia de tan duro jefe, apenas se atrevían á balbucear lo que habían meditado. Que aquel silencio obedeciese más al miedo que á la simpatía, le tenía sin cuidado al general en jefe: á éste le bastaba que se callasen las lenguas, que se guardara la disciplina y que nadie le contrariara en sus proyectos.

En París la altivez no hubiera sido oportuna. Pero los hombres más bruscos tienen á veces, cuando su interés lo requiere, habilidades que asombran y flexibilidades que desarmen. Resuelto á descartar de su programa toda operación exterior, el general en jefe, en sus partes al emperador ó al ministro de la Guerra, se guardaba bien de descubrir sus verdaderos pensamientos. A juzgar por lo que decía, no renunciaba á los movimientos á larga distancia, pero quería desde luego continuar las obras de sitio empezadas. Todo le servía de pretexto para aplazar las combinaciones concebidas en París: ora alegaba la resistencia de lord Raglán, ora pretextaba el estado sanitario de una parte del ejército invadida por el cólera. Con fingida modestia y protestando de su espíritu de disciplina, pedía que se le concediese alguna latitud. Aseguraba que el plan del emperador sería ejecutado, pero que se necesitaba un poco de paciencia. Y para que se tuviese paciencia dejaba entrever como próxima la gloriosa conquista de Malakof. De este modo Pelissier lograba hacer su sola voluntad, á pesar de Niel, á pesar del emperador y á pesar del telégrafo, y es sorprendente verle vencer todos estos obstáculos antes de vencer á los rusos.

La partida, sin embargo, era peligrosa para el general en jefe. Este lo sabía y deseaba que algún parte de victoria dificultase la censura ó la desaprobación. Al principio de su mando todo presenta la huella de su voluntad activa y resuelta. Procede á una nueva distribución de sus fuerzas. Su ejército, que los recientes refuerzos han elevado á 120.000 hombres (1), es dividido en tres cuerpos: el primero, al mando del general de Salles, es destinado á los ataques contra la ciudad; el segundo, á las órdenes del general Bosquet, sigue teniendo á su cargo, lo mismo que los ingleses apostados delante de la Estrella Grande, los ataques contra las fortificaciones avanzadas de Karabelnaia; el tercer cuerpo, llamado cuerpo de reserva y confiado al general Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, ocupa, de acuerdo con los sardos, los montes Fedioukhine y se extiende hasta el valle de Baïdar. Reanúdase y se lleva á buen

término la expedición de Kertch. Los rusos habían restablecido ó conservado importantes obras de defensa delante del baluarte central. Apenas instalado, el general en jefe decide desalojarlos de allí. El 22 y el 24 de mayo, después de sangrientos combates, el enemigo es rechazado hasta el recinto interior, y esta primera victoria es como el estreno del nuevo mando. El ejército, después de largas incertidumbres, se siente dirigido y sigue á su general, si no con mucho afecto, al menos con confianza. «Me alegro mucho, escribía el general Martimprey, que continuaba en el cargo de jefe de Estado mayor, me alegro mucho de ser al fin el instrumento de una voluntad precisa (2).» Todas estas medidas no eran más que un preludio. La idea del general en jefe se absorbía cada vez más en un solo punto, es decir, en los ataques contra el arrabal de Karabelnaia. La historia del sitio se resume desde este momento toda entera en los asaltos sucesivos que van á hacer rendir á nuestras armas, primeramente la Colina Verde y las Fortificaciones Blancas, y en segundo lugar, después de una derrota gloriosamente reparada, la propia fortaleza de Malakof.

### IV

Los rusos, casi seguros de que la suerte de Sebastopol se decidiría por la parte del arrabal, no habían perdonado medio para añadir nuevas defensas á las ya creadas y hacer invulnerable este lado de la plaza. Mucho más allá del barranco del Carenaje y no lejos de la bahía de este nombre habían establecido, detrás de las Fortificaciones Blancas, una nueva batería, llamada *Batería del 2 de mayo*. Uniendo antiguas excavaciones, acababan de construir delante de la Estrella Grande vastas obras de defensa á las cuales se dió el nombre de *Fortificación de las Canteras*. En la Colina Verde se practicaron nuevas cañoneras. Y no satisfechos con tan inmensas obras, los sitiados apelaban á toda clase de medios ingeniosos para desconcertar nuestros esfuerzos ó provocar en nuestras filas alguna catástrofe. Un día fueron descubiertas, delante de nuestras filas, pequeñas máquinas infernales destinadas á estallar bajo los pies de nuestros soldados (3).

Los nuestros no se dejaban aventajar ni en ardor ni en actividad. Establecían emboscadas, y, á pesar de la naturaleza pedregosa del suelo, las unían por medio de caminos cubiertos. Consolidaban sus trincheras y las prolongaban. Ensanchaban sus paralelas para abrigar tropas y establecían banquetas y parapetos. Gaviones, fajinas, sacos de tierra, todo era acumulado lo más cerca posible de los ataques proyectados. Bajo la imperiosa, pero hábil y sabia dirección del general Frossard, jefe de ingenieros delante de Karabelnaia, las obras de aproche se desarrollaban á ojos vistas. Mientras tanto, el general Bosquet multiplicaba los reconocimientos, con la mirada siempre puesta en la Colina Verde, objeto del próximo combate. «¿Qué haríais para tomar la Colina?» preguntaba á menudo á sus oficiales (4). El escuchaba silencioso la contestación, buscando en todas

(2) Correspondencia inédita.

(3) *Journal des opérations du génie*, pág. 271.—*Journal des opérations de l'artillerie*, pág. 311

(4) Fay, *Souvenirs de Crimée*, págs. 246-247.

(1) Situación de presencia en 20 de mayo (*Journal des opérations du génie*, apéndice n.º 9, pág. 481).